



Carta a las monjas de la Orden sobre la vida dominicana contemplativa¹

Fray Damian Byrne, O.P.

La vida dominicana contemplativa

La vocación de monja contemplativa es muy particular, «ya que este género de vida retiene el puesto de honor en la misión de la Iglesia, por más que urjan las necesidades del apostolado activo (PC 7)» (Mut. Rel. 23). El Papa Juan Pablo II, hablando a las monjas en Guadalajara el 30.01.1979, lo expresó con estas palabras:

«Ser contemplativa no significa alejarse totalmente del mundo y del apostolado. La contemplativa tiene que encontrar su modo específico de extender el Reino de Dios, para colaborar en la edificación de la ciudad terrena, no sólo con sus oraciones y sacrificios, sino también con su testimonio silencioso, de forma que la gente de buena voluntad con la que está en contacto pueda entender su testimonio. Por esto, tenéis que encontrar vuestro verdadero estilo de vida que, dentro de una visión contemplativa, os ayude a compartir con vuestros hermanos y hermanas el don gratuito de Dios».

Toda Orden contemplativa tiene su estilo particular y su particular camino de conducir sus miembros a Dios. La identidad dominicana y el camino dominicano se fundamentan firmemente en la lectura, meditación y proclamación de la Palabra de Dios. Esto exige de todo dominico/a el ser capaz de realizar estudios serios como camino principal hacia Dios, pero también como nuestro principal ascetismo. Este contacto con Dios en la oración y el estudio nos lleva a la proclamación de la Palabra. En vuestro caso, las constituciones os recuerdan el proyecto de Domingo:

«Mirando a las primeras hermanas que el bienaventurado Domingo estableció en el monasterio de Prulla, en el centro de su “Santa Predicación”, las monjas, viviendo unánimemente en casa, imitan a Jesús, que se retiraba al desierto para orar. De esta forma son un signo de la Jerusalén Celeste que los frailes construyen con su predicación. Efectivamente, las hermanas en la clausura se consagran totalmente a Dios y, al mismo tiempo, perpetúan el carisma especial que el bienaventurado Padre tuvo para con los pecadores, los pobres y los afligidos, llevándolos en el sagrario íntimo de su compasión» (LCM 35 I).

No hay duda de que la vida contemplativa dominicana en esta perspectiva está unida íntimamente a la misión de toda la Orden.

«Promover... la conciencia de la auténtica vocación y de la función especial en la Orden» (LCM 181) significa profundizar nuestra comprensión del nexo íntimo entre contemplación y misión en la Orden, como destacan nuestros últimos Capítulos Generales. Si falta esta conciencia, se llega «a un cierto empobrecimiento de la visión de Santo Domingo, con la consiguiente disminución del efecto y de la contribución que la Orden está llamada a realizar en la Iglesia y el mundo» (OAKLAND 147 2). Una de vosotras ha escrito recientemente:

«Nuestro carácter específico dominicano se encuentra en nuestra relación con la misión de la Orden, predicando el “Evangelio de la Misericordia”, pero expresado por medio de la calidad de comunión entre nosotras, una comunión en Cristo, sostenida por el Espíritu. El puesto especial de las monjas en la misión predicadora se sitúa precisamente dentro de este testimonio inicial de la predicación, que es la comunidad. Nuestro testimonio deriva sobre todo de nuestro vivir comunitario. La comunidad es el lugar donde nace y vive la Palabra».

La Palabra de Dios

Nuestra espiritualidad se cimienta sobre la Palabra de Dios: escuchar la Palabra, contemplar la Palabra y predicar la Palabra. Las tres cosas están unidas entre sí y puede suceder por ello que los predicadores más eficaces de la Palabra sean las monjas. Las actas del Capítulo de OAKLAND advierten a los frailes:

«Nosotros, los frailes, tenemos que dejarnos interpelar por el aspecto contemplativo de la vida dominicana, tan rico en nuestras monjas, so pena de que nuestra predicación pierda su plena eficacia» (OAKLAND 147,4).

Para escuchar la Palabra de Dios, tenemos que hacernos pobres y humildes en muchos sentidos. Contemplemos bajo esta luz el tercer misterio de cada una de las tres partes del Rosario: *El nacimiento de Cristo, Jesús coronado de espinas, La venida del Espíritu Santo*.

La primera condición para escuchar la Palabra de Dios es ser pobres de verdad. En el tercer misterio gozoso, los testigos del nacimiento de Cristo fueron pobres pastores. Sus corazones estaban dispuestos a recibir el mensaje. Hablando en Colombia el 5 de julio de 1986 a los sacerdotes consagrados al servicio de los pobres siguiendo el Evangelio, Juan Pablo II les decía:

«No podéis acercaros a los pobres sin tener el corazón del pobre que sabe oír y acoger la Palabra de Dios como es; esto exige apóstoles que sigan e imiten a Cristo en su vida de pobreza».

Continuaba el Santo Padre diciendo que esta pobreza incluye la renuncia a las ambiciones personales. Es una lección que nos llega del tercer misterio doloroso: Cristo es despojado de todo bien material, incluso el honor. Tenemos que aprender a estar dispuestos a renunciar a todo, si queremos escuchar la Palabra de Dios. Son muchas las cosas que nos tientan: personas, lugares, viejas tradiciones, ostentación, poder.

El tercer misterio glorioso nos recuerda que en esta escucha nos vemos ayudados de muchas maneras: por la Iglesia, por la Orden, por nuestros hermanos/as en la comunidad. Nos enseña también que el Espíritu habita en cada uno de nosotros y que debiéramos ser conscientes del valor de nuestras propias ideas sin dejar por ello de aceptar el que sean sometidas a examen. «*No os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios*» (1Jn 4,1).

1.- Cf. D. BYRNE, *Carta a las monjas de la Orden*, en "Alabar, Bendecir, Predicar. Palabras de Gracia y Verdad (1962-2001)", San Esteban, Salamanca, 2004, pp. 282-285